

bre del guerrero, Abdelazis, combinándolos de suerte que los tres se dijeran por tres veces en primero, en segundo y en tercer lugar.

—Abdelazis.

Dijo, al fin de un breve rato, la garza.

—Abdelazis, serás mi yerno en este alcázar, mi rey en Túnez.

—Gracias sean dadas primero á Alhá; despues á tí.

—Avisad á mi hija.

—Sobeiya, Sobeiya.

Gritaron los eunucos.

El eco solamente repitió aquellos gritos.

—¿Dónde está Sobeiya, la prometida de Abdelazis?

Preguntó el Sultan; y nadie respondió.

## CAPITULO IX.

### El Hado.

Recluido Filippo largo tiempo en su mazmorra donde le tenia como abandonado un implacable olvido, cierto dia, sin saber ni adivinar siquiera la razon de aquel cambio, encontróse súbitamente con la puerta franca y un jardin oriental á merced de su albedrío. Habreis visto muchas veces un ave enjaulada que, á través de sus hierros, ha piado y saltado por el espacio inmenso y por el aire libre con verdadera tisteza; habréisla visto lograr una salida, y estremecerse de placer, y abrir sus alas como dos relámpagos, y lanzarse á lo infinito con ímpetu, y volar en la inmensidad dejando tras sí una sarta de notas alegres, las cuales todavía suenan en vuestras orejas cuando su cuerpo ha desaparecido como si tuviera la inconcebible rapidez de la luz; pues de igual suerte, el artista, abandonando las lobregueces de los abismos á que lo redujera su nefasto hado, lanzóse en brazos de la naturaleza, como para recoger una mas nueva y mas ardiente vida. El paralítico que recobra la necesaria elasticidad de sus miembros; el ciego que recibe en sus ojos, condenados á noche eterna, la luz del dia; la madre que abraza vivo un hijo á quien creyera muerto, no sintieran regocijo comparable al regocijo del pintor, cuando penetró desde el frio de los sepulcros en el calor de la vida, y desde la noche en la luz, y desde estrecho recinto en mas anchuroso espacio, y desde la soledad en la comunicacion con tantos seres, y desde la ausencia de todo color en aquel océano de resplandores arbolados por iris diversos que presenta la naturaleza allá en las espléndidas tierras y en los luminosísimos cielos del Oriente. El mas colorista de los pintores toscanos en aquel tiempo no se cansaba de mirar y remirar có-

mo los árboles se recortaban en los aires; cómo las mariposas discurrían sobre las flores; cómo las flores resaltaban sobre el follaje; cómo el follaje atraía con su resina y con su miel á las abejas; cómo de tal conjunto se exhalaba un aroma tan vivaz y tan embriagador que, al aspirarlo, creeríais aspirar el alma misma de la tierra en su purísima esencia. Así pasaba desde la alegría mas loca á la contemplacion mas extática; y desde la contemplacion mas extática, al saboreo de todos aquellos deslumbrantes juegos de la luz para disolverlos en su paleta y reproducirlos en maravillosos cuadros. El pez que se asfixia en el aire no vuelve al agua con el sentimiento de vivísimo placer con que volvía el pintor naturalista á la Naturaleza. Ahora, fuera de sí, corriendo de un punto á otro punto y gritando de placer, asemejábase á caballo desbocado que hubiese sacudido freno y brida; ahora, ensimismado, inmóvil, extático ante un arroyo, una flor, un árbol, un surtidor, una pajarera, el vuelo de un ave cortando con su sombra la celeste claridad del horizonte, el coleteo de un pez en las claras aguas de un estanque ó de una fuente, en aquel arrobamiento de la contemplacion extática, asemejábase al poeta persa de quien cuentan las leyendas musulmanas que los ruiseñores anidaban en su cabellera, y que los empollados y nacidos en aquel extraño sitio, al calor de su cerebro, cuando rompían los huevecillos y tomaban plumaje y voz para lanzarse al aire, tenían la virtud de volver locos de amor á todos cuantos llegaban á oír sus gorjeos y sus arpegios henchidos así de innumerables inspiraciones como de estrañas y misteriosas ideas.

Pero la contemplacion extática no correspondía ciertamente á su naturaleza. Filippo no era un filósofo á quien pudiese satisfacer el culto místico del ideal; era un artista necesitado de la accion y de encerrar en formas visibles y palpables su idea. El Oriente despertaba emociones vivísimas en su alma. Imposible que llegueis á imaginarlas si no acertais á compartirlas. En su variedad la vida ha prodigado las aptitudes con tanta largueza, que no sabeis cómo los colores penetran en los ojos de un pintor, y las armonías en los oídos de un músico, y los sentimientos en el corazón de un poeta, si no os habeis educado y hasta habeis nacido para la pintura, para la poesía ó para la música. Nada tan cerca de nosotros como la naturaleza, en cuyo seno vivimos, de cuya luz nos iluminamos; que nos alimenta con su calor y nos da con sus átomos los materiales de nuestro cuerpo y con su jugo la sangre de nuestras venas; ¡ah! nada mas cerca de nosotros; y sin embargo nada mas difícil de ser interpretado por el sentimiento estético de cada cual y expresado por las varias formas del arte. La montaña, el mar, los horizontes, las selvas, los edificios mismos tienen á los ojos verdaderamente pictóricos tales relieves y tales resplandores, que en vano pretenderíamos comprenderlos como ellos los comprenden, nosotros los profanos, tan verdaderamente incapacitados de alcanzarlos como de reprodu-

cirlos. Hay oídos que, oyendo, y sin estar aquejados de sordera, no perciben la música, ni sienten la melodía y la armonía; y hasta ojos que, viendo, no ven, y si ven, no aprecian ni sienten las líneas y los colores. Hasta en razas enteras pasa esto. Explicadme por qué los anglo-sajones no han tenido ni en el Viejo ni en el Nuevo Mundo un Ticiano, un Veronés y un Murillo. Existen inteligencias matemáticas que en todo ven la proporcion y el número; inteligencias telescópicas que se abisman allá en los inmensos espacios; inteligencias microscópicas que solo descubren las cosas casi invisibles de puro diminutas; inteligencias para las cuales aparece siempre la idea en su pura abstraccion é inteligencias para las cuales no existe la idea sino encarnándose en plásticas y deslumbradoras formas. La inteligencia de Lippi era una inteligencia artística, exaltadamente enamorada del color, de las líneas, de la luz, de la expresion, del relieve, de la forma en sus determinaciones mas plásticas y mas reales. Ya podeis imaginaros cómo resplandecería en sus ojos el Oriente. Ya podeis imaginaros qué efecto produciría en su alma el desierto con sus reverberaciones metálicas y el cielo con sus tonos incandescentes. Ya podeis imaginaros lo que serian en los ámbitos de su mirada un mar de azul perla, estrellando sus ondas en una playa de doradas arenas, junto á la cual se lavantan aquellos edificios árabes que tiran desde el rosa claro al rojo oscuro, y á cuya puerta se encuentra el brocal de un pozo y el grupo de unos rosales, no lejos de la palmera que ve á sus plantas, retorcidos fantásticamente, los nopales con sus amarillas flores y sus pencas verdes de una rigidez metálica, contrastando con la flexibilidad de las palmas que se simbrean y cantan y alzan su verdi-negra corona, allá en la inmensidad de los cielos.

Filippo recorrió en todas direcciones el jardín, salió á todas sus eminencias, contempló sus vistas. Grande, inmenso aquel dichosísimo lugar, tenía sus irremediables defectos; ser al fin y al cabo una jaula grande: si respiraban los pulmones el embalsamado aire de una deliciosa atmósfera, no respiraba el alma otro aire mas preciado y mas necesario, el aire de la libertad. Para contrastar esta desgracia no había remedio como ejercer la propia actividad. Imaginaos lo que varias veces ha presentado la poesía en sus múltiples obras, imaginaos la llegada de habilísimo industrial á una isla desierta; su primer empeño será arrastrado por los ímpetus de su instinto, procurarse instrumentos á los cuales deber los medios necesarios de elevar sobre el mundo de la naturaleza su propio mundo, su creacion propia, su hechura, el producto de su trabajo, la industria. Un artista, sentiráse á su vez llamado por otras vocaciones, é impelido tambien á emplear su actividad y á tener en el espacio un reflejo de su alma, una creacion de su idea, una obra de arte. Filippo no podía ver entre los verdes sicomoros, al través de las grutas de jazmines, dibujarse en cielo reluciente los rosados muros de los palacios y los altos minaretes de las mezquitas destacarse entre las

palmeras, sin moverse, arrastrado por la inspiracion que de todo aquello se exhalaba como una nube de aromas, á emplear sus pinceles y reproducir la naturaleza y trasformarla allá en los cielos del arte. El industrial se hubiera procurado con las industrias propias de la fecunda naturaleza humana, instrumentos de trabajo; el artista se los procuró tambien, desde las tablas á los pinceles, desde los pinceles á los colores, desde los colores á los aceites. Relatar los medios de que se valió, los engaños á que hubo de recurrir, los esfuerzos que hizo á fin de lograr para sí en aquel encierro de su jardín, cuanto el trabajo libre ha creado para todos en la sociedad, parecería obra demasiado prolija al autor y demasiado pesada á sus lectores. Bástele decir á quien relata y á quien lee saber, como pasaron ocho dias de grande empeño antes de reunir todos los múltiples objetos necesarios á su gigantesco trabajo. En esto, como en todo, Lippi mostró la cualidad culminante de su temperamento moral y material, aquella energía en la fuerza y aquel ímpetu en la voluntad con cuyo auxilio cumplió sus obras y ejercitaba sus facultades, así en los empeños de la vida como en las producciones del arte. Parecia materialmente un dios, segun avasallaba la materia y la forma á los conjuros sobrenaturales de la idea.

Dada su situacion moral, tenia necesidad de producir y de crear. Cuántas emociones y cuántas aventuras desde la mañana en que, desoyendo los consejos de Serafin y de Lucrecia, habia salido en aquella orgía flotante ideada por los pintores venecianos á la mar, para caer bajo el yugo de los piratas. Cómo se habia visto de próximo á la eternidad, cuando, anegado en las ondas, luchaba á brazo partido con las angustias de la asfixia y los estertores supremos nuncios de la muerte. ¡Qué providencial encuentro con el jóven que le salvara y que le condujera cautivo á Túnez! Ya en su cautiverio de Túnez y en su calabozo; qué mensajes tan misteriosos, qué auxilios tan extraños, qué presentes tan raros, qué iluminaciones tan súbitas de esperanza, qué cantares tan melodiosos á él consagrados, qué pruebas del auxilio y del amparo de un sér misteriosísimo, invisible, á cuya intervencion inesperada en su infortunio debia el alivio de sus innumerables y terribles males. Los espejismos con que resplandeciera el Oriente, habian teñido de varios matices sus ojos; las emociones con que sus posteriores misteriosas aventuras habian agitado su corazon, llevábanle á producir nuevas producciones, de esas que se engendran naturalmente en las fiebres por que suele pasar el génio creador de los artistas. Así es que, necesitando Filippo crear, creaba con la devoradora actividad, propia de su exaltado natural y de su exaltadísimo temperamento.

Enamorado del colorido oriental reprodujo con sus pinceles mágicos la Naturaleza que le rodeaba, y entre la Naturaleza que le rodeaba puso al Sultan á quien habia debido la vida, al padre de la infeliz Sobeyia bien ajeno al bellissimo arte entrado con el cautivo por sus puertas. Aunque habíase

ya ideado entonces la perspectiva y conocíose el secreto de la pintura al óleo, Filippo, que por ciertos aspectos pertenecia al mundo moderno, por otro aspecto pertenecia al mundo de la Edad Media. Y su cualidad culminante consistia en enamorarse con amor tan profundo de la Naturaleza, que la copiaba tal como la veía, sin atreverse á realzarla cual habian de hacer sus sucesores, en los celajes del idealismo. Aquella alma tan exaltada, tan llena de frenéticos sentimientos, los cuales ardian como un volcan de pasiones, al prosternarse ante la Naturaleza y adorarla, hacíalo con un candor semejante al candor del mas exaltado místico; y sin desfigurar los objetos, ni aun para hermostrarlos en su exaltada inspiracion. Copiaba y recopiaba las flores, los árboles, las avejillas, y entre estas copias ponía como un centro la figura del rey moro envuelto en los pliegues de su brillantísimo traje. En la crisis suprema del Renacimiento resultaba Lippi la expresion exacta de su época, por lo mismo que repetía y copiaba la Naturaleza. El mundo moderno, al sacudir las cenizas de la Edad Media y entrar en la madurez de su edad, recomponia la historia con recomposiciones necesarias y completaba la vida con su verdadero complemento. Así el Sultan, colocado entre flores, parecia el Sultan repetido y tomado en los senos mismos de la realidad y no en los espejismos del arte. Estábamos, pues, en pleno naturalismo; y Lippi era por excelencia el pintor naturalista.

La figura del Sultan se habia quedado como grabada en su memoria. Luego, todas las tardes, le veía pasar por una de las terrazas próximas á su jardín y recogerse religiosamente cuando el muezin anunciaba desde la torre altísima la oracion religiosa. Como los orientales suelen tener en su fisonomía la misma uniformidad que en su alma, un solo gesto y una sola expresion predominaban con verdadero predominio en aquella faz expresiva del mandato y del imperio. Un oriental es como una escultura en la perennidad de su expresion y en la uniformidad de su fisonomía. Por consecuencia, cara tan inalterable y una, copiada por pincel tan inspirado y tan hábil á un mismo tiempo, debia tener parecido tal que casi casi llegara á confundirse con la identidad completa. Memoria y fantasia se auxiliaban con mútuo auxilio en la mente inspirada de Lippi para crear un deslumbrante cuadro capaz de fijar todas las miradas y de atraerle, hasta en regiones tan apartadas de su patria y tan ajenas á su arte, gloria inmarcesible.

Luego, en la flor de su edad, en la plenitud de su génio, en la posesion entera de sus facultades y de sus fuerzas, en el zénith de su inspiracion comenzaba verdaderamente á sentir lo que no habia sentido hasta entonces, con necesidad tan por extremo imperiosa, comenzaba á sentir una reaccion naturalísima hácia el amor casto, puro, consagrado á una sola mujer, nacido del sentimiento, y alimentado por las satisfacciones incomparables de la virtud y por la confianza serena en la inmortalidad. Siempre que acariciaba tales sentimientos, veía aparecer en el fondo de sus inspiraciones y de sus

ensueños la única persona capaz de inspirárselos, veía aparecer la casta y hermosísima Lucrecia. En aquel estado, náufrago redimido por un verdadero milagro, cautivo y en la soledad del cautiverio, alejado de su patria, en manos de infieles, sin saber cuál podía ser su futura suerte, debía volverse con amor hácia la santidad del hogar tantas veces acariciado, nunca conocido; y en el hogar descubrir la única ventura posible, la que tiene su origen y su fundamento en amor legítimo, correspondido y purísimo. Nada mas natural, pues, que convirtiese sus ojos á lo pasado y que encontrara, como único faro entre tantas tinieblas, el casto amor de Lucrecia. Dada la mezcla irremediable de paganismo y de cristianismo que habia en su alma, alzabase con el pensamiento al cielo y pedíale á la Virgen Madre socorro en su desgracia y proteccion para Lucrecia, á fin de qué le conservara la inclinacion natural que hácia él siempre habia mostrado y la retuviera libre de caer en las tentaciones de cualquiera otra pasion, de cualquier otro amor. Con la viveza propia de su imaginacion veíase muchas veces á los piés del Papa, ofreciéndole un cuadro religioso, y sacando en cambio de esta oferta la remision de todos sus pecados antiguos y el levantamiento de sus votos monásticos, á fin de unirse en casto indisoluble lazo con la mujer única á quien verdaderamente habia amado en este triste mundo.

Pero ¿qué seria de ella? Al fin, naturaleza tan elevada ¿no se cansaria de consagrar su amor á ser tan extraño como Filippo se reconocia y se proclamaba á sí mismo allá en el silencio de su pensamiento y de su conciencia? ¿No podría, herida por tantos sucesos, tomar alguna resolucion que impidiese mas y mas el logro de los deseos y el cumplimiento de las esperanzas de su amado? A las puertas del claustro, la noticia de la muerte de Filippo, la conviccion de que jamás volveria á verle, esos arrebatos nacidos de la pérdida de toda esperanza, podian arrastrarla á la suprema resolucion de profesar y al eterno apartamiento de este triste mundo, muerta y enterada en vida. Cuando pasaba la posibilidad de tal suceso por la mente del artista se retorcia de dolor y se entregaba, cual si estuviera loco, á toda clase de violencias, arrancándose los cabellos con furia, y con furia hiriéndose y golpeándose la cabeza. En semejante estado de ánimo sus culpas se erguían como serpientes en la memoria y le acusaban hasta de las desgracias mas irremediabiles y mas fatales de su vida. Decíanle, pues, con terrible elocuencia como tantos amores fugaces, tantas aventuras de una hora, tantos extravíos que al cabo solamente le dejaban acerbo amargor en los labios, habian recibido en castigo la terrible imposibilidad de unirse con la persona mas querida, con la bella Lucrecia, con la que guardaba toda la miel de la felicidad necesaria al sustento de su vida y de su alma. Y como sus sentimientos cambiaban con tanta facilidad, y en sus cambios recibian impulsos violentísimos, la conviccion de que la responsabilidad principalísima de su mal caía sobre su vida, le atenaceaba la conciencia hasta arrancarle gritos de

dolor como si le mordiesen los sesos y las entrañas. Y en estos arrebatos, tiraba paleta y pinceles, huía del jardin y de sus flores, abandonaba la luz en cuyos reflejos crecian sus remordimientos; y metido de grado en el calabozo, dábase á toda suerte de extremos y á todo el desvarío propio de su pensamiento. Conjuraba entonces á los cielos, á la tierra, á Dios, á los santos, á la patrona de su monasterio, á todas sus devociones para que testificasen y dijese como habia hecho voto de castidad, y antes le harian mil pedazos que caer á los piés de ninguna mujer que no fuese su Lucrecia, aunque le requiriera á él de amores y se le presentase mas bella y tentadora que la misma Vénus, resuelto á pasar de una especie de burlador de todas las mujeres á una especie de casto José, elevado sobre las tentaciones y los arrebatos del sentido, modelo de continencia, espejo de castidad.

En una de aquellas mañanas, cuando mas solo se creia, subió al jardin y se encontró en medio de los esplendores de la Naturaleza. Todo en torno suyo, todo, le hablaba de amor. Una mariposa revoloteaba junto á otra mariposa, y sus alas se tocaban y se confundian produciendo esos estremecimientos eléctricos que revelan la exaltacion de la vida duplicada en el amor. Un par de alondras subian al cielo inmenso, confiándose mútuos secretos contenidos en los arpegios y en los gorjeos de enamoradas canciones. Unruiseñor, clavado sobre la rama de florido arbusto, encantaba á la hembra que tendia sus alas sobre el nido y que escuchaba extática aquel himno de verdadera pasion. Una flor se inclinaba á recoger el pólen que le enviaba otra flor y se estremecía en sus pétalos y en su corola como los labios que reciben un beso de fuego. Dos palomas se arrullaban á la orilla de una fuente con ese monótono uniforme arrullo que indica la perennidad del amor, y una tórtola gemia las endechas de la viudez. Filippo, que llevaba sobre su corazon siempre un retrato de Lucrecia, moviéndose al amor íntimo en las revelaciones de aquel amor externo y universal, besólo mil veces con transporte. Y despues de haberlo besado, experimentó un dolor tan grande en su corazon, al verse sin aquella dicha, que sintió aborrecimiento á la luz, como todos los infelices, y se encerró en la mazmorra. Y alí volvió á renovar su voto de consagrarse exclusivamente al amor de Lucrecia, como si no existiese ninguna otra mujer en el mundo, y de consagrarle una castidad purísima para cumplimiento de la cual pedía el auxilio de la Virgen Santa. Cuando se arrodillaba para dirigir su oracion al cielo, apareció en lo alto de la escalera, como una radiosa evocacion, la hermosísima So-beiya.